

de la muerte: *qui in tenebris et in umbra mortis sedent.*

¡Obra verdaderamente diabólica y gigantesca, grande con la grandeza abominable que muchas veces sabe imprimir á sus obras el espíritu del mal! Y lo que se ha dicho de la masonería puede decirse del liberalismo, este aliado terrible de las *ventas* y de las *logias*, que unas veces va á vanguardia y á retaguardia otras de la masonería, pero que siempre, es su colaborador y su cómplice.

Uno de los puntos en que trabajan de consuno el liberalismo y la masonería es en quitar todo prestigio, toda respetabilidad y toda fuerza al sacerdocio, á fin de reducirle á la más lamentable impotencia y convertirle en escarnio de los pueblos y ludibrio del mundo.

El liberalismo, difundiendo las ideas de una falsa y subversiva igualdad, comenzó por suprimir para el clero los fueros que la legislación civil, bajo las inspiraciones del espíritu religioso, le reconocía y consagraba, y después de pasar sobre él el rasero de la igualdad civil, por una inconsecuencia, ni nueva ni extraña en la historia del liberalismo, estableció para el clero la desigualdad política, no ciertamente para dejarle libre de los negocios del siglo, sino pura y simplemente á fin de reinar sin obstáculos en las regiones oficiales y de no verse obligado á escuchar allí esa voz siempre poderosa é incontrastable, en que resuena siempre el acento de la razón, de la justicia y de los verdaderos intereses del pueblo.

Y después de establecer esa desigualdad política, que pone al sacerdote en un nivel más abajo que al proletario y al labriego, ha querido el liberalismo reducirle á una igualdad absurda é inconcebible en el terreno social.

Difundidas las ideas de una falsa democracia, el sacerdote es para el liberalismo un hombre como todos; no tiene carácter que lo distinga de los demás ni prerrogativa que sobre ellos le levante; la santidad de su ministerio es desconocida, negado su poder, eliminada su influen-

cia y reducido á ser un individuo como otro cualquiera y que se confunde lo mismo con el artesano que con el médico ó el literato. Tómase á lo sumo, el sacerdocio como una de tantas profesiones sobre que debe pesar una contribución ni más ni menos que la que pesa sobre cualquiera profesión. Se le prohíbe el uso del traje talar; y en suma, se le pone al nivel de todos.

Al reconocerse la igualdad de naturaleza de todos los hombres, se desconoce la excelencia del ministerio del sacerdote; y si alguna distinción se establece por el liberalismo entre los sacerdotes y los que no lo son, es una distinción despreciativa, depresiva, imperiosa y contraria á los genuinos principios de la legislación y de la verdadera democracia.

Tal ha sido la conducta del liberalismo respecto del sacerdocio, encaminada toda ella á reducirle á la nulidad, á la impotencia social, á privarle de toda significación en todo orden, á fin de que llegara un día más ó menos remoto en que el sacerdote, como el Cristo en la cruz, no pudiera mover los brazos, ni tuviera donde poner sus plantas ni donde reclinar su cabeza; de modo que no le quedara ni ese derecho supremo de los débiles: el de huir de sus perseguidores; á fin de que reducido el sacerdote á toda impotencia, todo se pudiera contra él, desde arrojarle cobardemente la saliva al rostro hasta privarle de la vida; porque ¿qué cosa no es posible contra el que está crucificado?

Tal ha sido la mira del liberalismo respecto del sacerdocio, y preciso es, por muy doloroso que sea, confesarlo, que ha logrado en no pequeña parte su objeto: que el sacerdocio pasa hoy por una de las más terribles crisis de su historia y que sucumbiría en ella, si la mano invisible que fija las leyes de la historia así como también las leyes del mundo, abandonara al sacerdocio bajo la acción de sus implacables enemigos y de sus tiranos perseguidores.

Cuán tristes y lamentables sean los males producidos por el liberalismo á este respecto, no puede ocultarse al obser-

vador imparcial, que vea, no ya con ojos de católico, sino solamente con los de mérito filósofo, el decaimiento del respeto á la autoridad sacerdotal.

Esta autoridad que con su acción benéfica, lo mismo sobre el hombre que sobre la sociedad, ha difundido é inculcado en todos los espíritus todas aquellas grandes ideas que traídas por Cristo han derramado en el mundo los bienes de la civilización, es la natural conservadora de todos esos bienes y la única depositaria incorruptible de los principios sobre que descansa como sobre sus bases naturales la sociedad humana, y ¡ay de los pueblos el día en que se realizara por completo el plan del liberalismo y de la masonería contra el sacerdocio! porque entónces habrían perdido la ciencia sus más asiduos cultivadores, los infortunados sus mejores amigos, la verdad sus apóstoles y sus héroes, la justicia sus más desinteresados paladines, la civilización sus propagadores más fervientes y la sociedad los primeros guardianes del orden, de la paz, de la tranquilidad y los más sábios reguladores de la conciencia pública.

El liberalismo, al atacar al sacerdocio, es fiel á su espíritu: el de hacer á la sociedad que retroceda á la barbarie, el de borrar sobre la tierra el imperio del bien, el de destruir los altares de la verdad para colocarse en ellos como el voraz é insaciable dios que, más cruel que los dioses de los pueblos más bárbaros, no se conforma con que se le sacrifiquen víctimas humanas, sino que pretende envilecer las almas para subyugarlas y corromper todos los caracteres á fin de reinar más y esclavizar á la humanidad bajo el yugo del espíritu del mal, como en aquellos infelices tiempos (¡cuarenta siglos nada menos!) en que la conciencia humana, y la humana dignidad fueron las víctimas perennemente inmoladas en las aras de la barbarie. De esa dignidad y esa conciencia es el sacerdocio heroico defensor. ¿Cómo no ha de ser entonces el objeto del odio y el blanco de los tiros del liberalismo que pretende envolver en nue-

vas sombras esa conciencia, y de nuevo arrastrar sobre el fango esa dignidad?

Toca á los que comprenden la alta misión del sacerdocio, su influencia benéfica sobre la sociedad y el individuo, sus servicios á la civilización y á la libertad, los inmensos males que á la sociedad causarían su desprestigio y el olvido del alto respeto con que su excelsa autoridad debe ser tratada; toca decimos, á los que comprenden todo esto, contrarrestar de la manera más eficaz y profunda la acción del liberalismo respecto del sacerdocio, y para este fin inculcar en todos y predicar especialmente á la niñez y á la juventud con la doctrina y el ejemplo, que el sacerdote por el solo hecho de serlo, tiene derecho á todo nuestro respeto, y debe ser tratado con reverencia, consideración y amor.

Obra será ésta tan benéfica á la sociedad como á las almas, y tan meritoria á los ojos de la religión como á los del ilustrado patriotismo; pues el día en que se perdiera por completo el respeto debido al sacerdocio, viviríamos en la impiedad y la anarquía social: estos dos males que el liberalismo se esfuerza en desencadenar sobre los pueblos á quienes ha hecho sus víctimas.

HEROISMO DE UNA CATOLICA.

Entre los viajeros ingleses detenidos en los bancos de la aduana de Nueva York, á la llegada de un vapor de Liverpool, había una doncella de pequeña estatura, pálida y delicada que llevaba anteojos. Cuando llegó su turno de presentar su equipaje á uno de los oficiales de la aduana, la señorita Flavin, pues este era su nombre, se puso muy colorada y desplegó delante de él un surtido completo de ornamentos sacerdotales bermosamente bordados y de un gusto exquisito:

—Estos, dijo, son para el P. Damian, el capellan de los leprosos de las islas Sandwich, y yo se los tengo que llevar.

A pesar de eso, el agente pidió el 50 por ciento de derechos; y entónces se entabló entre ambos una animada alegación. El resultado fué que los ornamentos fueron enviados directamente á San Francisco, para ser reclamados allí al partir el buque en que ella se embarcaría. La Señorita Flavin tuvo que contentarse con eso.

Al ser visitada en la bien amueblada habitacion donde se había hospedado en esta ciudad, de buena gana refirió la historia de los ornamentos, como tambien la de su extraña mision á las islas Sandwich.

—Sí, dijo con un fuerte acento inglés y con la más natural ambicion del mundo—yo voy á Molokai en calidad de enfermera voluntaria de los leprosos. Esta ha sido mi intencion desde hace dos años, pero solamente ahora se ha levantado allí un hospital y una casa decente para mujeres. Tan pronto como todo estuvo concluído se me envió el debido aviso, y ahora estoy en camino para el sitio donde quedará satisfecho mi deseo.

—Pero ¿cuándo volverá Ud. á Inglaterra?

—¿Volver? pues yo no volveré nunca. Una vez empezada mi tarea, yo me consideraré tan desterrada y desechada como cualquiera de los infelices á quienes voy á cuidar: He dejado en Inglaterra á un hermano y dos hermanas á quienes no volveré á ver jamás; pero es tal el deseo que me impele, que he podido sobreponerme al amor que les tengo. Durante los dos años que he estado esperando, he estudiado teóricamente por supuesto, todo lo que se conoce relativamente á la lepra, y de la misma manera he estado adquiriendo práctica en los hospitales. Claro está que no hay ocasion de estudiar este mal en Lóndres; aunque yo me encontré con un caso de lepra en un hospital de allí.....

—¿No es verdad que el P. Damian está á la cabeza de la colonia de los leprosos?

—Si, y ha estado 27 años enmedio de aquellos infelices. Cuando salió de Inglaterra, era un hombre que rebosaba salud y vigor. Pero como ha sido en Molokai enfermero, sacerdote, hermano, sepulturero, en fin, todo, de esta manera no ha podido menos de contraer la repugnante enfermedad.....

—Diga Ud., señorita, ¿es el mal tan terrible como nosotros creemos?

Más repugnante de lo que se piensa. Repugnante bajo todos conceptos.

—¿No le tiene Ud. miedo?

—De ninguna manera, contestó con la sencillez de un niño.

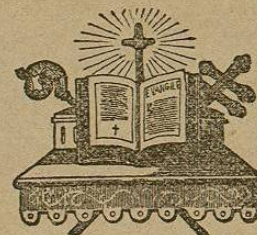
—¿Será tal vez porque vd. piensa escaparse de contraerlo?

—Yo pienso que me sucederá á mi lo mismo que á todos los demás; yo seré atacada, cuando llegue mi tiempo.

La colonia á la que se dirige la Señorita Flavin, (la cual, sea dicho de paso, es natural de Liverpool y católica) fué fundada en 1865, por los Magistrados de Hawaii, para impedir que se propagase el contagio. La gente de la isla parecía tan empeñada en fumar las pipas, usar la ropa y dormir sobre los jergones de los leprosos, que el mal se iba propagando de una manera terrible.... Este es el lugar á donde se ha desterrado voluntariamente la Señorita Flavin, un país vivamente descrito por Mrs. Bird, como "el rincón más horrible de toda la tierra, una morada de enfermedad repulsiva y lenta muerte con la cual la ciencia ha desesperado de luchar: una comunidad de gente muerta socialmente, cuyo único negocio es perecer."

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIÁSTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, JUNIO 8 DE 1889.

NUM. 11.

SECCION I.

CARTA De Nuestro Santísimo Padre

Al Illmo. Sr. Obispo de Brescia.

Venerable Hermano, salud y bendicion apostólica. Debes saber que tu carta Nos ha sido grata, porque en ella Nos ha parecido ver un nuevo testimonio de tu vigilancia episcopal y tambien del singular cuidado con el que perseveras en la voluntad, tanto de reverenciarnos con grandísimo amor, como de desear vehementemente la incolumidad de los derechos de esta Silla Apostólica. En cualquiera oportunidad que se te presenta de declarar tus intenciones y deseos, te vemos aprovecharla de buena voluntad y no dejarla pasar fácilmente. Así lo has hecho, poco há, cuando salió á luz el opúsculo de que haces mencion (1) y que, en verdad,

(1) El opúsculo á que se hace alusion se intitula: *Roma, Italia y la realidad de las cosas*, que apareció bajo el anónimo, pero el Domingo de Resurreccion pasado, la Catedral de Cusmona rebosaba de fieles de todas condiciones y numero Clero, entre el cual se encontraban 180 alumnos del Seminario, llevados por el Sr. Obispo de la Diócesis, Mr. Jeremías Bonomelli, quien subiendo al púlpito, despues del Evangelio, manifestó que el opúsculo que había corrido sin nombre,

si te desagradó, como dices, te desagradó con razon; y ningun hombre decoroso, equitativo y justo apreciador de las cosas habrá que no esté conforme de buena voluntad contigo; porque, en efecto, ¿quién podrá juzgar que debe sufrirse que cosas de tan grande importancia, íntimamente unidas con el poder del Pontífice máximo y con la misma libertad de su cargo apostólico, sean tratadas audazmente al arbitrio y públicamente juzgadas por una persona privada y que de ninguna autoridad goza para eso? Además, la causa ha sido juzgada por el mismo Pontífice, pues no una vez, ni oscuramente hemos significado, tanto lo que juzgamos respecto de esto como lo que conviene que juzguen los demás. ¿Por ventura será lícito aconsejar lo contrario á la multitud, con mengua del respeto que se debe á tan alta autoridad? Por el contrario es lo más arrogante y subversivo querer dar á la Silla apostólica el consejo de lo que se ha de hacer ó enseñarle qué cosa sea lo mejor.

En verdad, semejantes pretensiones han llegado á su colmo, al afirmar que es conveniente y útil que Nos sosegada y hu-

era suyo, y que sabiendo que había sido condenado por la Iglesia, se sujetaba absolutamente al juicio de ella; y llorando, pidió perdón á Dios, al Papa, al Clero y al pueblo á quien había escandalizado, causando este acto tal consternacion, que no cesaron los gemidos de todos durante la retractacion y la continuacion de los divinos oficios.